

La palabra educación

*Juan José Arreola**

PROFESAR UNA CÁTEDRA, inscribirse en un curso, son los actos equivalentes que indican un común afán de conocimiento por parte del maestro y el alumno. Así concebida, la relación entre universitarios reproduce la circunstancia humana del diálogo socrático, que discurre dentro de la cordialidad y el entusiasmo. Puesto que todos tenemos a nuestro alcance el saber depositado a lo largo de los siglos en bibliotecas, monumentos y museos, la apropiación de esa herencia universal sólo depende de nuestra capacidad para recibirla. Nuestro espíritu crece a medida que le ponemos cosas dentro. Y el pensamiento ajeno continúa y revive en el espíritu del alumno, cuando el maestro se vuelve capaz de actualizarlo en su propia persona.

Si el aprendizaje ritual no es admisible ni siquiera para las ciencias y las técnicas, la literatura nos ofrece la oportunidad de ensayar un procedimiento nuevo y antiquísimo, que tal vez pueda influir en los métodos generales de la transmisión del saber. Me refiero a la restauración, a la reanudación del diálogo verdadero entre el que trata de aprender y el que se propone alentar esa voluntad de conocimiento. Aquí es inevitable recordar al maestro callejero, ilustre por su vida y por su muerte, que hacía creer sus pensamientos en las mentes ajenas, mediante las provocaciones de una dialéctica sutil. En vez de implantar autoritariamente un conocimiento, le gustaba verlo surgir en su interlocutor, casi espontáneamente, porque él mismo no estaba seguro de la bondad de la semilla que había dejado caer en el surco, sino cuando la veía florecer en bellos y ajenos pensamientos.

* Fragmentos de la obra

Nací en el año en que Benedetto Croce demostró el fenómeno cósmico de la simpatía; nací durante el mes en que Franz Kafka fue declarado mortalmente enfermo de tuberculosis; nací el día en el que Marcel Proust sufrió la primera crisis de vértigo y se desplomó por las escaleras de su casa; nací justamente en la noche que Rainer Maria Rilke le escribió la primera carta a la que iba a ser su amiga para siempre. Busco efemérides: ¿Qué ocurrió un siglo antes de mi nacimiento, el 21 de septiembre de 1818? Antes de andar con astrología, ¿qué ocurrió todos los días 21 de septiembre? Pienso en las cosas graves que me pasaron en los primeros años de mi vida, la fecha, la “Historia universal del hombre”, toda la historia a través de un hombre, desde los mitos más remotos.

Emmanuel Kant parece un hombre ausente del mundo porque vivía encerrado en la catedral inmensa de su pensamiento. No percibía el paso de sus vecinos de la pequeña ciudad. Ese hombre consultor de sistemas abstractos y enormes, en los que el pensamiento parece desentenderse de la humanidad, escribió entre su masa de obras un extraordinario folleto en el que se pregunta si la humanidad va en progreso hacia mejor, y responde melancólicamente que la humanidad está estancada, que sigue una evolución dolorosa hacia la destrucción. Kant presencié, como nosotros, dificultades políticas y guerras, y salió de su torre de marfil para avisarle al mundo.

Como Sócrates con Alcibides y con Platón por testigo: “Al conversar tú y yo, intercambiando pensamientos, son las almas que conversan”. Basta poner el alma en la conversación. Esto es lo que debe hacer un maestro cuando dialoga con los alumnos.

La palabra original es una etiqueta, una ficha significante que menciona un objeto o una acción pero después viene la maravilla del lenguaje que se va haciendo cada vez más impreciso, las palabras se van enriqueciendo de sentido; se va creando una ambigüedad que nace de la contigüidad, a tal grado que toda frase significa más cuando está bien hecha y ordenada: significa mucho más que la suma de los elementos significantes de cada palabra. La poesía y la buena prosa son poéticas cuando reproducen un moviendo interior. Me gusta pensar en el lenguaje como un elemento conductor que transmite altas tensiones espirituales.

No quiero aparecer como un romántico feliz que sostiene el ángel de la inspiración. No. En estos momentos soy un racionalista y un materialista completo. Creo en un movimiento interior. Creo en una plenitud que viene de otros lugares y me llena como un vaso de licor, y que me sale por la boca y los ojos en forma de palabras o lágrimas, y me eriza los cabellos, Estoy Henchido. Creo en el ángel de la inspiración.